

no quedará nuestra audacia sin castigo. Porque si el Apóstol tiene razon para decir que debemos temer al príncipe y al magistrado, «porque no en vano lleva la espada:» *Non enim sine causa gladium portat* (Rom. xiii, 4): ¿cuánto mejor debemos creer que no en vano es el Señor justo; que no en vano es todopoderoso; que no en vano vibra el rayo, ni hace retumbar al trueno? Tenemos aquí el honor de hablar ante las potencias soberanas; aprendamos nuestro deber para con Dios por el que rendimos á sus imágenes. ¿Para quién no es una ley la voluntad del príncipe? ¿No ciframos nuestra gloria en obedecerle, en prevenir hasta sus mismas órdenes, en exponer nuestra vida por su servicio? ¿Qué hay mas precioso para nosotros que las ocasiones de probar nuestra obediencia? Todos esos sentimientos son muy justos; todos esos deberes, legítimos. El príncipe no tiene superior á él mas que Dios; despues de Dios él es el primero; él tiene en la mano su poder, él ejerce sobre nosotros su autoridad. Pero tampoco es justo que el súbdito de Dios sea mejor obedecido que el mismo Dios, ni la segunda majestad mejor servida y mas reverenciada que la primera. Es cierto que aquel que ofende al príncipe no lo hace impunemente. El príncipe tiene la cuchilla de la ley en la mano para hacerse temer, y nadie puede resistirle. Él descubre, dice Salomon, las mas secretas intrigas, «los pájaros del cielo se lo cuentan todo» (*Eccles. x, 20*), y diríase que todo lo adivina; tan difícil es ocultarle nada: *Divinatio in labiis regis*, añade el mismo Salomon. (*Prov. xvi, 10*). Además, tiende un brazo, y hace salir á sus enemigos del fondo de los abismos, donde buscaban contra él un vano asilo; su presencia los desconcierta, su autoridad los confunde y anonada. Y si en medio de la debilidad de nuestra condicion natural vemos subsistir en ella una fuerza tan temible, ¿cuánto mas no debemos temblar ante la majestad de un Dios vivo y eterno! Porque al fin, el mayor poder del mundo ¿puede extenderse mas que á quitar la vida á un hombre? ¡Ah! cristianos, ¿y es un esfuerzo tan grande el hacer morir á un mortal, y apresurar por algunos momentos una vida que por sí misma se precipita? Si tenemos, pues, á aquel que matando al cuerpo agota su poder y lleva á cabo su venganza, «¿cuánto mas, dice el Salvador» (*Matth. x, 28*), deberémos temer al que puede condenar al alma «y al cuerpo á una reprobacion eterna!»

16. Y sin embargo, ¡oh ceguedad! no solo no resistimos á Dios, sino que tenemos un placer en ello. ¡Oh extraña depravacion! ¡oh insoportable rebeldía contra Dios! Sus leyes, que han sido estable-

cidas para poner límites á nuestros desordenados deseos, los excitan y fortifican. ¿No es cierto, cristianos, que cuanto menos lícita es una cosa, mas atractivos tiene para nosotros; y que el dolor es una especie de suplicio; que lo que debe agradar conforme á la razon no agrada casi nunca; que lo que reprueba la ley es lo que parece mas dulce; que los manjares prohibidos se nos figuran mas deliciosos durante el tiempo de penitencia, y que la prohibicion es un aliciente que les da mejor gusto? «Pues, así tambien el pecado nos «engaña con una falsa dulzura; porque nos parece tanto mas agradable, cuanto menos lícito nos es.» *Fallit peccatum fallaci dulcedine... cum tanto magis libet, quanto minus licet.* (De div. Quæst. ad Simplie. lib. I, t. VI, col. 83, 84). Parece que nos irritamos contra la ley, porque se opone á nuestros deseos; y que tenemos al mismo tiempo un placer en oponernos nosotros á ella por una especie de despecho: de modo que el querernos contener por la disciplina, es hacer que nos desbordemos mas, y que se precipite nuestra débil é impaciente libertad. Y hé aquí lo que mueve al Apóstol á decir que «el pecado toma ocasion del precepto para engañarnos;» esto es, para tentarnos mas y mas peligrosamente: *Peccatum, occasione accepta per mandatum, seduxit me.* (Rom. vii, 11). ¡Oh Dios, cuál es nuestro extravío! y ¡cuán distante está la arrogancia humana de la obediencia que os debe; puesto que hasta la autoridad de vuestro precepto es para nosotros una tentacion para violarle!

17. Presentaos, ¡oh santísima Virgen! presentaos, ¡oh divino Jesús! y moved con vuestro ejemplo nuestros indomables corazones. ¿Quién puede estar libre de obediencia, cuando el mismo Dios se somete? ¿Qué pretexto podemos encontrar para esquivar la ley, cuando vemos que la misma Virgen se purifica, y á pesar de su pureza angelical no cree hallarse exenta de una observancia que le es tan innecesaria? Si la ley dada por el ministerio de Moisés, que no era mas que el siervo, exige tal exactitud, ¿cuánto mas puntualmente no debemos guardar la que el mismo Hijo de Dios ha establecido! Despues de estas razones, despues de estos ejemplos, nuestra infamia no tiene excusa; nuestra rebelion no tiene pretexto. Bajemos humildemente la cabeza; y no contentos con disponernos á hacer lo que Dios quiere, consintamos además, cristianos, en que haga el mismo Dios de nosotros lo que le plazca. Esto es lo que tengo que proponeros en mi segunda parte, que uniré para abreviar este discurso á la tercera en un mismo razonamiento, demostrando las dos con unas mismas pruebas.

Segunda parte: Á imitacion de Simeon debemos superar con valor las necesidades que nos agobian, y á imitacion de Ana subyugar los sentidos que nos engañan.

18. Entre las cosas que Dios exige de nosotros es preciso, cristianos, establecer una diferencia; á saber, que hay entre ellas algunas cuya ejecucion quiere que dependa de nuestra eleccion, al paso que hay otras en las que, sin ninguna consideracion á nuestra voluntad, obra Dios por sí mismo soberanamente, en virtud de su poder absoluto. Por ejemplo, Dios quiere que seamos justos, rectos, moderados en nuestros deseos, sinceros en nuestras palabras, equitativos en nuestras acciones, propicios para perdonar las injurias, é incapaces de hacerlas á nadie. Pero en estas cosas que exige Dios de nosotros, y en otras semejantes que comprende la práctica de sus santas leyes, no fuerza nuestra libertad. Es cierto que si somos desobedientes, no podemos impedir que él nos castigue; pero en nuestra mano está el no obedecerle. Dios pone á nuestro arbitrio la vida y la muerte, y nos deja la eleccion de una y otra. De este modo es como exige del hombre la obediencia á sus preceptos, como un efecto de su eleccion y de su determinacion propia. Pero no sucede así con los diversos acontecimientos que deciden de nuestra fortuna y de nuestra vida: Dios ordena su curso por secretas disposiciones de su eterna providencia, que exceden á nuestro poder, y aun generalmente á nuestra prevision; de modo que no hay ningun poder capaz de detener la ejecucion de ellos, segun las palabras de Isaías: «Mis pensamientos no son los vuestros: tan apartado como está el cielo de la tierra, tanto lo están mis pensamientos de los vuestros» (*Isai. LV, 8, 9*); y conforme á este otro oráculo del mismo Profeta: «Toda mi voluntad será cumplida, y todos mis designios tendrán efecto, dice el Señor todopoderoso:» *Consilium meum stabit, et omnis voluntas mea fiet.* (*Ibid. XLVI, 10*).

19. Cuando discurro sobre la causa de esta diversidad, creo encontrarla en que, siendo Dios nuestro soberano, seria injusto que lo dejase todo á nuestra disposicion, y nos hiciera dueños absolutos de nosotros mismos y de lo que nos pertenece. Por el contrario, es muy justo que el hombre sienta que hay una fuerza superior á la cual tiene que ceder. Por eso, si hay cosas que Dios nos deja á nuestra eleccion, hay tambien otras á las cuales quiere que nos sometamos absolutamente. Así es que las cosas humanas están dispuestas de tal

modo, que no hay en la tierra ninguna de ellas tan bien concertada por la prudencia, ni tan afirmada por el poder, que no se vea muchas veces turbada y desordenada por acontecimientos imprevistos que se ponen por medio; y ese poder soberano que rige al mundo no permite que exista en él un solo hombre, por grande y poderoso que sea, que pueda disponer á su antojo de su fortuna ó de sus negocios, ni mucho menos de su salud y de su vida. Hé aquí como Dios ha querido que el hombre conociese por experiencia esa fuerza superior de que he hablado: fuerza divina é inevitable, que cede cuando quiere, y se acomoda algunas veces á nuestra voluntad; pero que sabe tambien, cuando le place, fortalecerse con tal firmeza, que todo lo arrastra consigo, y nos hace obedecer, á pesar nuestro, á un guia superior, mucho mas alto que todos nuestros pensamientos.

20. Por esta razon ese Árbitro soberano de nuestra suerte ha dividido en cierto modo nuestra vida entre las cosas que están en nuestro poder, y aquellas en que él no consulta mas que á su gusto; á fin de que conozcamos no solo nuestra libertad, sino tambien nuestra dependencia. Dios no quiere que seamos los amos de todo, á fin de que aprendamos que no lo somos mas que de lo que él quiere, y de que temamos abusar de la libertad y el poder que nos da. Quiere que comprendamos que si nos amonesta con dulzura, no es porque no pueda hacernos obedecer por la fuerza; y por eso nos acostumbra á temer su fuerza invencible, en el momento mismo en que solo nos da pruebas de dulzura. Dios es quien llena nuestra vida de acontecimientos que nos incomodan, quien se opone á nuestra voluntad, quien cede á veces á ella, y quien extiende su libertad hasta la licencia; á fin de que nos sometamos á él absolutamente, y nos elevemos, domando nuestra voluntad, á la verdadera sabiduría.

21. Porque es indudable, cristianos, que el saber resistir á la propia voluntad es el efecto mas seguro de una razon consumada; y lo que prueba evidentemente esta verdad, es que la edad menos capaz de razon es tambien la menos capaz de moderarse y vencerse. Mirad á los niños: si fuesen, en efecto, sus caprichos tan duros como ardientes, no habria medio de apaciguarlos. ¡Con qué vehemencia lo quieren todo, y cuán poco caso hacen de la razon! Ellos no consideran si lo que desean les es perjudicial; no les importa que corte el acero; basta que brille á sus ojos; no piensan mas que en satisfacerse: no miran nunca si lo que piden es de otro; basta

que les agrada para desearlo, y se figuran que todo es de ellos. Y si les resistís, se ve al momento encendido todo su rostro, todo su cuerpo en movimiento, y toda su fuerza manifiesta en los gritos penetrantes con que dan á conocer su impaciencia. Ahora bien, ¿de qué dependen ese ardor violento y esa fuerza de sus deseos, sino de la debilidad é incapacidad de su razon?

22. Y, si esto es así, cristianos, ¿cuántos niños hay en el mundo de cabellos canos, puesto que no vemos en él mas que hombres débiles en su razon é impetuosos en sus deseos! ¿Qué razon tiene ese avaro para desear poseer precisamente lo que le acomoda, sin otro derecho que su interés? ¿qué razon tiene ese adúltero tantas veces maldito por la ley de Dios, que codicia la mujer de su prójimo sin otro título que su concupiscencia? ¿No se parecen uno y otro á los niños, que creen que su voluntad es una razon suficiente para apropiarse lo que desean? Hay entre ellos una diferencia, y es, que la naturaleza, al dar rienda á las violentas inclinaciones de los niños, les ha puesto por freno su propia debilidad; los deseos de la edad avanzada, todavía mas impetuosos, no teniendo semejantes diques se desbordan, si la razon no los oprime y contiene. Confesemos, pues, cristianos, que la verdadera razon y la verdadera sabiduría consisten en saber moderarse. Sí, es indudable que no salimos de la infancia, ni nos hacemos razonables hasta que sabemos domar nuestra propia voluntad. Solo es hombre, solo es verdadero sábio aquel que, como dice el docto Sinesio, no considera como un deber el cuidado de contentar sus deseos, sino que sabe arreglarlos segun sus deberes, y conociendo cuán fecunda es la naturaleza en malas inclinaciones, corta de aquí y de allí, como un celoso jardinero, todo lo podrido y supérfluo, para no dejar crecer mas que aquello que es capaz de dar frutos de verdadera sabiduría.

23. Es verdad que los árboles no se quejan cuando se los poda para quitar y disminuir el exceso de sus ramas, al paso que la voluntad reclama cuando la privan de sus deseos: por eso es difícil que nosotros mismos nos violentemos. No todos tienen el valor de esa profetisa Ana, de esa santa y viuda de nuestro Evangelio, para hacer esfuerzos contra sí mismos, y mortificar con ayunos y austeridades la ley del pecado que vive en nuestros sentidos. Por eso viene Dios en nuestro auxilio. El origen de todos nuestros desórdenes consiste en que tenemos demasiado apego á nuestra voluntad, en que no sabemos contradecirnos, y hallamos mucho mas fácil el resistir á Dios que el resistirnos á nosotros mismos. Es, pues, pre-

ciso arrancarnos con violencia esta adhesion á nuestra propia voluntad, que constituye toda nuestra desgracia y todo nuestro crimen. Pero ¿cómo tendremos valor para tocar nosotros mismos y aplicar con nuestras manos el hierro y el fuego á una parte tan tierna y delicada? Bien veo, dice un enfermo, mi brazo gangrenado; bien sé que no hay salvacion para mí, sino separándole de mi cuerpo; pero yo no puedo cortarle por mí mismo: un experto cirujano me hará este servicio, triste, á la verdad, pero necesario. Pues del mismo modo debemos decir nosotros: bien veo que estoy perdido, si no destruyo esta adhesion á mi voluntad, que hace vivir en mí todos los malos deseos que me condenan; yo lo confieso, yo lo reconozco; pero no tengo fuerza ni resolucion para armar mi brazo contra mí mismo. Dios es quien emprende mi curacion: él es quien me envía por su providencia esos encuentros espinosos, esos accidentes importunos, esas desgracias imprevistas é insoportables; porque quiere abatir y domar mi voluntad demasiado licenciosa, y á la cual no tengo valor de atacar yo mismo. Dios la ata, la oprime y la sujeta, á fin de que no resista al golpe saludable que quiere darle para curarla. Finalmente, él me hiere en lo mas sensible; me corta é introduce su cuchillo en lo mas vivo de mi alma, á fin de que, sujeto como lo estoy por su mano suprema á las órdenes inevitables de su voluntad, me vea al fin obligado á separarme de la mia: hé aquí mi curacion; hé aquí mi vida.

24. Si conociérais, ó mortales, vuestra naturaleza, y supiérais cuánto abundais en ideas pecadoras, comprenderíais fácilmente que esta conducta os es necesaria. Voy á pintaros aquí en pocas palabras el estado miserable de nuestra condicion humana. Nosotros sentimos dos clases de males: unos que nos afligen, y ¿quién podría creerlo, cristianos? otros que nos agradan. ¡Extraña distincion; pero verdadera! «Hay males, dice san Agustin, que la paciencia «soporta:» estos son los que nos afligen; «hay otros, añade el mismo Santo, que la temperancia modera:» estos son los que nos agradan: *Alia que per patientiam ferimus, alia que per temperantiam refrenamus.* (S. Aug. contra Julian. lib. V, c. 5, n. 22, t. X, col. 640). ¡Miseria y desastrosa humanidad, á cuántos males estas expuesta! nosotros somos presa de mil enfermedades: todo nos altera, todo nos incomoda, todo nos mata; diríase que un poder enemigo ha sublevado contra nosotros á toda la naturaleza; ¡tanto placer parece que halla en ultrajarnos por todas partes! Pero aun no son estas nuestras mayores desgracias: nuestra avaricia, nues-

tra ambicion, nuestras insensatas é insaciabiles pasiones, son otros tantos males, y muy grandes, por cierto; pero males que nos agradan. ¡Oh Dios, á qué extremo hemos llegado! ¡qué es nuestra dicha, si nos vemos á un mismo tiempo perseguidos por lo que nos agrada y lo que nos aflige! «¡Cuán desgraciado soy! ¿quién me librá de este cuerpo mortal?» *Infelix ego homo! quis me liberabit de corpore mortis hujus?* Escucha, hombre miserable: «la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor será la que te libre.» *Gratia Dei per Jesum Christum Dominum nostrum.* (Rom. VII, 24, 25). Es cierto que sufres dos clases de males; pero Dios ha dispuesto en su providencia que los unos sean remedio de los otros: esto es, que los males que incomodan sirvan para moderar los que agradan; lo que no es violento, para reprimir lo que nos es demasiado libre; lo que sucede fuera de nosotros, para calmar las tempestades que se levantan en nuestro interior; finalmente, los dolores amargos, para corregir el exceso de tantas pasiones inmoderadas, y las aflicciones de la vida, para disgustarnos de las vanas dulzuras, y embotar las sensaciones demasiado vivas que nos causan los placeres.

25. Cierta es que la naturaleza padece con este trato que es para ella tan rudo; pero no nos quejemos de semejante conducta: nuestra pena es un remedio; el rigor con que se nos trata es un régimen curativo. Así es como debéis ser tratados, ó hijos de Dios, hasta que vuestra curacion sea perfecta, y esa ley de pecado que reina en vuestros cuerpos mortales quede completamente abolida. Conviene que tengais males que sufrir, mientras tengais males que corregir: conviene que tengais que sufrir males, mientras esteis en medio de los bienes con los cuales es peligroso el gozar demasiado. Las desgracias que os suceden se os han enviado para servir de límite á vuestra libertad que se extravía, y de freno á vuestras pasiones que se desbordan. Por eso Dios, que sabe que os conviene que vuestros deseos sean contrariados, ha dispuesto de tal modo el mundo y la naturaleza, que surgen por todas partes obstáculos invencibles á vuestros designios. Para esto tiene la naturaleza tantas enfermedades, los negocios tantas espinas, los hombres tantas injusticias, sus caracteres tantas desigualdades importunas, el mundo tantos obstáculos, su favor tanta vanidad, sus desprecios tanta amargura, sus mas dulces lazos tantas dolorosas cautividades. Nosotros nos vemos atacados á derecha é izquierda por mil oposiciones diferentes, á fin de que nuestra voluntad, que es demasiado libre, aprenda á reprimirse, y de que el hombre ejercitado de este modo,

oprimido y fatigado por todas partes, vuelva los ojos al Señor su Dios, y clame desde lo interior de su alma: ¡Oh Señor! Vos sois el Dueño y Soberano; y á pesar de todo, justo es que vuestra criatura os sirva y obedezca.

26. Si nos sometemos á la santa voluntad de Dios, encontraremos en ella la paz de nuestras almas, y nada será capaz de conmovernos. Ved, sino, á la santísima Virgen: Simeon le pronostica males infinitos, y le anuncia dolores inmensos: «Vuestra alma, le dice, ¡oh Madre! será atravesada con un cuchillo; y ese Hijo, que es toda vuestra alegría y todo vuestro amor, será mirado como un signo al cual se opondrán las gentes:» *In signum cui contradicetur* (Luc. II, 34, 35): ó lo que es lo mismo, si queremos comprenderlo, se tramarán contra él revueltas y conspiraciones; y todo el poder, todo el furor, toda la malicia del mundo parecerán conjurarse para concurrir á su perdicion.

27. Tal es la profecía de aquel santo anciano, tanto mas cruel é insoportable, cuanto que Simeon, no diciendo nada en particular á esa Madre afligida, la deja imaginándose y temiendo todo lo que puede haber para ella de mas extremado y doloroso. En efecto, yo no concibo nada mas horrible que esa incertidumbre de un alma amenazada de un gran mal, sin que sepa ni aun de qué parte debe guardarse. Entonces esa alma admirada y perdida, no sabiendo á dónde volverse, va buscando y recorriendo todos los males para hacer con ellos su suplicio, y no pone límites á sus temores ni á sus pesares. Comparado con tan cruel incertidumbre, confesad que es una especie de consuelo el saber cuál va á ser nuestra muerte, y san Agustin tiene razon en decir que «vale mas sin comparacion el sufrir una sola muerte, que el temerlas á un tiempo todas:» *Satius est unam perpeti moriendo, quam omnes timere vivendo.* (De Civ. Dei, lib. I, c. 11, t. VII, col. 12). Sin embargo, María no replica al venerable anciano que le predice tantas aflicciones y dolores: ella escucha en silencio y sin emocion sus terribles profecías: no le pregunta con curiosidad, ni el tiempo, ni la calidad, ni el fin, ni el principio de las funestas aventuras con que la amenaza: María sabe que todo está regido por razones eternas, á las que debe someterse; y por eso, ni lo presente la turba, ni el porvenir la inquieta. Del mismo modo, si nosotros abandonamos toda nuestra vida al cuidado de esa sabiduría suprema, que tan bien rige todas las cosas, seremos siempre firmes é inviolables; no habrá para nosotros ni incómodas necesidades, ni desgracias embarazosas: nos asemejarémos

al buen Simeon; ni la vida tendrá nada que nos plazca, ni la muerte, por odiosa que sea, nada que nos espante; esperaremos, como él, humilde y tranquilamente la respuesta del Espíritu Santo y la orden de la eterna Providencia, para decidir el día de nuestra partida; y cuando hayamos cumplido lo que Dios quiere que hagamos sobre la tierra, estaremos prontos á decir á todas horas, á imitación de aquel santo anciano: «Señor, dejad ahora morir en paz á vuestro siervo:» *Nunc dimittis, Domine, servum tuum in pace.*

28. Pero, hermanos míos, imitemos en todo á aquel santo hombre; no salgamos de este mundo hasta que Jesucristo se nos haya aparecido, y podamos decir con él: «Mis ojos han visto al Salvador:» *Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Yo sé que ha venido al mundo ese divino Salvador, «á quien Dios había destinado para «ser expuesto á las miradas de todos los pueblos del universo:» *Quod parasti ante faciem omnium populorum.* Mis ojos han visto á esa «lumbre brillante que debía alumbrar á todas las naciones, y llevar de alegría á Israel su pueblo:» *Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuæ Israel.* (Luc. II, 29, 30, 31, 32). Por fin, el Salvador, tantas veces prometido, ha realizado las esperanzas de todo el universo; ha cumplido las profecías, derribado los ídolos, dado libertad á los cautivos, reconciliado á los pecadores, y convertido á los pueblos. Pero esto no basta, hermanos míos; ese Salvador no ha venido todavía para nosotros, puesto que no reina todavía en todos nuestros deseos; no es nuestro guía ni nuestra luz, puesto que no caminamos por la senda que nos ha enseñado. No, «nosotros no hemos visto nunca su rostro, ni hemos escuchado «nunca su voz, ni su palabra habita en nosotros,» puesto que no obedecemos sus preceptos: *Neque vocem ejus unquam audistis, neque speciem ejus vidistis, et verbum ejus non habetis in vobis manens.* (Joan. V, 37, 38). Porque, oid cómo se expresa su discípulo predilecto: «Aquel que dice que le conoce, y no guarda sus mandamientos, es un embustero, y la verdad no está con él:» *Qui dicit se nosse eum, et mandata ejus non custodit, mendax est, et in hoc veritas non est.* (I Joan. II, 4). Después de esto, cristianos, ¿quién de nosotros puede alabarse de conocerle? ¿qué hemos dado á su Evangelio? ¿qué vicios hemos corregido? ¿qué pasiones hemos dominado? ¿qué uso hemos hecho de los bienes y de los males de la vida? Cuando Dios ha disminuido nuestras riquezas, ¿hemos pensado nosotros al mismo tiempo en disminuir nuestro lujo? cuando nos ha engañado la fortuna, ¿hemos vuelto nuestro corazón á

los bienes que no son de su resorte ni de su imperio? Por el contrario, ¿no hemos sido de aquellos de quienes está escrito: *Dissipati sunt, nec compuncti?* (Psalm. XXXIV, 19). Sí, «nosotros hemos «sido afligidos, sin ser tocados de compuncion;» somos siervos tercos é incorregibles, que nos hemos ensoberbecido aun estando bajo el látigo del señor: estamos reprendidos y no corregidos, abatidos y no humillados, castigados severamente pero no convertidos. Si ahora nos atrevemos á decir que hemos conocido á Jesucristo, que hemos visto al Salvador que Dios nos había prometido, el Espíritu Santo nos llamará embusteros, y nos dirá por boca de san Juan, que la verdad no reside en nosotros.

29. Temamos, pues, cristianos, temamos morir; porque aun no hemos visto á Jesucristo; todavía no hemos tenido al Salvador entre nuestros brazos, no hemos abrazado todavía ni su persona, ni sus preceptos, ni sus verdades, ni las santas lecciones de su Evangelio. ¡Desgraciados de los que mueran antes que Jesucristo haya reinado en ellos! ¡oh! y cuán terrible será para ellos la muerte! ¡cuánto temerán al verla de cerca! y ¡cuán funestas é insoportables les serán sus consecuencias! En aquel día, toda su gloria se desvanecerá, todos sus grandes proyectos serán arruinados, y, como dice el Salmista, «en aquel día perecerán todos sus altos pensamientos:» *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum.* (Psalm. CXLV, 3). Sí, en ese día empezarán sus suplicios; en ese día se encenderán para ellos fuegos eternos; en ese día el furor y la desesperacion se apoderarán de su alma; y ese gusano que no muere nunca, introducirá en su corazón sus dientes devoradores, venenosos, sin soltar jamás la presa.

30. ¡Ah! hermanos míos, vamos al templo con Simeon, tomemos á Jesucristo en nuestros brazos, démosle un ósculo religioso, y abracémosle de todo corazón. Un hombre de bien no se espantará porque se acerque su muerte: su alma no está ya unida á nada; se halla como separada de su cuerpo mortal; tantas pasiones como ha domado, otros tantos lazos ha roto: el uso de la penitencia y el de la santa mortificación le han quitado, por decirlo así, la costumbre á su cuerpo y sus sentidos; y cuando vea acercársele la muerte, la tenderá con alegría los brazos, y hasta le enseñará el sitio donde debe descargar su último golpe. ¡Oh muerte! le dirá, yo no te llamaré cruel ni inexorable: tú no me quitarás ninguno de los bienes que yo amo, tú me librarás de este cuerpo mortal. ¡Oh muerte! te doy las gracias: ya hace tantos años que trabajo yo mismo en sacu-

dir esta carga! No turbas, pues, mis designios, sino que los cumples: no interrumpes mi obra, sino que mas bien vas á darle la última mano. Acaba, ó muerte favorable, y entrégame pronto á mi Señor: *Nunc dimittis!* ¡Ah! cristianos, qué no debemos hacer para morir en esta paz! ¡Oh! si pudiésemos morir con la muerte de los justos, para encontrar en ella el reposo que no pueden darnos juntos todos los placeres de la vida! Si así lo hacemos, al cerrar los ojos á todo lo que perece, empezaremos á abrirlos á lo duradero, y lo poseeremos eternamente con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE

LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariae, secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. (Luc. II, 22).

Despues de cumplidos los dias de la purificacion de Maria, segun la ley de Moisés, llevaron á Jesús á Jerusalem, para presentarlo al Señor.

1. En el dia de hoy vió el mundo á su Redentor..., no ya en una cueva..., sino en aquel templo que por su magnificencia... No le adoran aquí los pastores ni los Magos, pero le reconocen los Profetas..., le alaban...
2. Si los misterios obrados hoy en el templo de Jerusalem lo hacen..., las acciones de la Virgen, templo místico de la Divinidad, la hacen digna de toda nuestra veneracion.
3. Ambos templos, pues, han de ocupar hoy nuestra atencion: el material para admirar...: el místico para celebrar... Estos son los dos puntos que debo exponeros...

Primera parte: Grandes maravillas obradas en el templo de Jerusalem con motivo de la purificacion de la Virgen.

4. Cumplido el tiempo de cuarenta dias..., pasó la Madre de Dios al templo... ¡Oh templo ahora mas que nunca glorioso!... Ahora van á cumplirse los vaticinios de... Ahora tu gloria excederá sin comparacion á la del templo primero...
5. El Hijo de Dios entra en tu recinto, no con pompa, sino pobre y humilde como entró en este mundo. No tiene mas carroza que su humildísima Madre, ni mas trono que sus dulces brazos...
6. Hallábase en el templo el santo viejo Simeon... ¿Qué ternuras, qué lágrimas, qué...? *Nunc dimittis, Domine*, dice... Abraham deseó ver... Jacob afirmó que... ¿Qué me resta ya despues de...? Venga, pues, la muerte...